

# AHÍ ABAJO, ENTRE RAÍCES Y HUESOS

SEANAN McGUIRE

Traducción de María Pilar San Román

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Wayward Children Trilogy-Book 2: Down Among the Sticks and Bones*  
This book was negotiated through Ute Körner Literary Agent - [www.uklitag.com](http://www.uklitag.com) and  
Books Crossing Borders

Revisión de las pruebas a cargo de Antonio Torrubia.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 2017, Seanan McGuire  
© de la traducción: María Pilar San Román 2018  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)  
ISBN: 978-84-9181-321-7  
Depósito legal: M. 32.321-2018  
Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

*Para Meg*



Creo que allí las reglas eran distintas.  
La ciencia era el meollo de todo, pero la ciencia  
era mágica. Le traía sin cuidado si algo se  
*podía* hacer. La clave era si *debía* hacerse, y la  
respuesta era siempre, siempre ¡sí!

JACK WOLCOTT



PARTE I

JILL Y JACK EN LO ALTO  
DE UNA COLINA MORABAN



## El peligroso encanto de los hijos ajenos

Los conocidos de Chester y Serena Wolcott hubieran apostado a que la pareja nunca se iba a inclinar por tener hijos. Lo de ser padres no era lo suyo, eso lo veía cualquiera con dos dedos de frente. A Chester le gustaba disfrutar de silencio y soledad cuando trabajaba en el despacho de su casa, y la más ligera desviación de la rutina se le hacía un enorme trastorno imperdonable. Los hijos serían bastante más que una ligera desviación de la rutina. Los hijos serían una bomba atómica para su rutina. Serena disfrutaba con la jardinería y perteneciendo a juntas directivas de distinguidas ONG bien organizadas, y pagando a otras personas para que mantuvieran su hogar impecable. Los hijos eran el caos con piernas. Conllevaban petunias pisoteadas y ventanales destrozados por pelotas de béisbol, y no tenían cabida en el mundo cuidadosamente ordenado que habitaban los Wolcott.

Lo que esos conocidos no veían era cómo los socios del bufete de Chester llevaban a sus hijos al trabajo; a esos

guapos cloncillos de sus padres, ataviados como caballeros con ropa acorde a su edad; a esos futuros reyes del mundo embutidos en zapatos perfectamente lustrados, con voces perfectamente moduladas. Chester observaba, sintiendo crecer la envidia, cuando los socios júnior mostraban fotografías de sus hijos dormidos y eran elogiados, y ¿por qué? ¡Por reproducirse! Algo tan sencillo que cualquier animal silvestre era capaz de hacer.

Por la noche, Chester empezó a soñar con niños moditos con su cabello y los ojos de Serena, con sus *blazers* abotonados como Dios manda, y con los socios sonriendo afablemente ante la demostración de sus excelencias como padre de familia.

Lo que esos conocidos no veían era cómo algunas de las mujeres de las juntas directivas de Serena llevaban de tanto en tanto a sus hijas con ellas, disculpándose con el pretexto de niñeras incompetentes o canguros indispuestas, mientras que en su interior se regodeaban en secreto ante los ohs y ahs que todo el mundo se apresuraba a proferir al ver a sus lindas chiquilinas. Se asemejaban a flores de un jardín, esas hijas privilegiadas con sus vestidos de tafetán y puntillas; y, durante las reuniones y meriendas de los miembros de las juntas, ellas jugaban apaciblemente al borde de la alfombra, acunando sus animales de peluche y dando de comer galletas imaginarias a sus muñequitas. Todos los conocidos de Serena se lanzaban a alabar a esas mujeres por sus sacrificios, y ¿por qué? ¡Por tener un bebé! Algo tan fácil que la gente lo llevaba haciendo desde el principio de los tiempos.

Por la noche, Serena empezó a soñar con niñas plácidas y tranquilas con su boca y la nariz de Chester, ataviadas con vestidos que eran explosiones de florituras y

volantes, y con sus compañeras desviviéndose por ser las primeras en decirle lo encantadora que era su hija.

Resulta que este es el auténtico peligro de los niños: son emboscadas, todos y cada uno de ellos. Alguien puede mirar al hijo de otra persona y no ver más allá de la superficie: los zapatos relucientes o los rizos impecables. No ven los lloros ni los berrinches, las vigili­as, las horas en vela, las preocupaciones. Ni siquiera ven el amor, no, no lo ven. Puede resultar fácil, cuando se observa a los niños a distancia, creer que son objetos, muñecos diseñados y programados por sus padres para comportarse de una manera determinada, de acuerdo con un conjunto de normas. Puede resultar fácil, plantados en el majestuoso territorio de la madurez, no recordar que todo adulto fue antaño un niño, con ideas y ambiciones propias.

Puede resultar fácil, finalmente, olvidar que los niños son personas, y que las personas hacen lo que se les antoja y les traen al fresco las consecuencias.

Fue justo después de las Navidades —tras una larga sucesión de fiestas en la oficina y actos benéficos interminables— cuando Chester se volvió hacia Serena y dijo:

—Hay algo de lo que me gustaría que habláramos.

—Quiero tener un niño —dijo ella.

Chester hizo una pausa. Él era un hombre metódico con una esposa metódica, que vivía una vida corriente y metódica. No estaba acostumbrado a que Serena fuera tan franca con sus deseos ni, de hecho, a que siquiera los tuviese. Resultaba turbador... y un pelín excitante, para ser sincero.

Al cabo sonrió y dijo:

—De eso era de lo que quería hablarte.

En este mundo hay gente —gente buena, honrada y trabajadora— cuyo mayor anhelo es tener un hijo, y que durante años trata de concebir uno sin el más mínimo éxito. Hay gente que debe ser atendida por doctores en pequeñas consultas estériles, y escuchar el terrible anuncio de cuantísimo le va a costar simplemente empezar a albergar esperanzas. Hay gente que debe partir en busca del viento septentrional para preguntarle cómo llegar a la casa de la Luna, donde los deseos pueden ser concedidos, si el momento es apropiado y la necesidad lo bastante acuciante. Hay gente que lo intentará y lo intentará una y otra vez, y a cambio de sus esfuerzos tan solo obtendrá un corazón roto.

Chester y Serena subieron a su habitación, a la cama que compartían; Chester no se puso condón y Serena no se lo recordó, y eso fue todo. A la mañana siguiente ella dejó de tomar sus píldoras anticonceptivas. Tres semanas después no le vino la regla, que desde sus doce años había sido tan sistemática y puntual como el resto de su vida. Dos semanas más tarde estaba sentada en una pequeña sala blanca mientras un amable hombre de larga bata blanca le informaba de que iba a ser madre.

—¿Cuánto falta para que podamos tener una imagen del bebé? —preguntó Chester, imaginándose a sí mismo enseñándosela a los compañeros de oficina, con el mentón prominente y la mirada distante, como perdido en ensueños en los que estuviese jugando a la pelota con su futuro hijo.

—Sí, ¿cuánto? —preguntó Serena. Las mujeres con las que trabajaba siempre festejaban entre gritos cuando alguien llegaba con una nueva ecografía para mostrarla al grupo. ¡Qué agradable sería convertirse por fin en el centro de atención!

El doctor, a quien le había tocado lidiar con bastantes padres ansiosos, sonrió.

—Está de unas cinco semanas —dijo—. En circunstancias normales yo no recomiendo realizar una ecografía antes de las doce semanas. Ahora bien, este es su primer embarazo. Tal vez le convenga esperar antes de empezar a contarlo. Por ahora todo parece normal, pero todavía estamos en una fase temprana, y siempre resulta más sencillo no tener que desdecirse del anuncio.

Serena parecía desconcertada. Chester estaba que echaba humo. Que se atreviera siquiera a insinuar que a su esposa se le fuera a dar tan mal lo de estar embarazada —algo tan sencillo que cualquier cretina que pasaba por la calle era capaz de llevar a buen término— le ofendió a tal extremo que se quedó sin palabras. Pero al doctor Tozer se lo había recomendado, con un brillo cómplice en los ojos, uno de los socios de su bufete, y a Chester no se le ocurría ninguna manera de cambiar de médico sin ofender a alguien demasiado importante como para pensar en ofenderlo.

—Doce semanas, entonces —convino Chester—. ¿Y qué tenemos que hacer hasta entonces?

El doctor Tozer les informó. Vitaminas, alimentación sana y lecturas, muchísimas lecturas. Era como si el hombre pensara que su hijo iba a ser el más difícil en toda la historia del mundo, a juzgar por todas las lecturas que les recomendó. Pero ellos obedecieron, con diligencia, como si estuvieran siguiendo los pasos de un hechizo mágico que haría aparecer el hijo perfecto entre sus brazos. En ningún momento hablaron de si preferían niño o niña; se les antojó innecesario, habida cuenta de que ambos sabían con toda certeza lo que iban a tener. De modo que Chester

se acostaba todas las noches y soñaba con su hijo, mientras que Serena soñaba con su hija, y, durante un tiempo, ambos creyeron que ser padres era algo ideal.

Ni que decir tiene que hicieron caso omiso del consejo del doctor Tozer de mantener el embarazo en secreto. Una noticia así de estupenda hay que compartirla. Sus amigos, los que nunca hubiesen pensado que lo de ser padres cuadrara con ellos, se mostraron desconcertados, pero les felicitaron. Sus compañeros de trabajo, que no los conocían lo bastante para comprender que era una idea nefasta, estaban entusiasmados. Chester y Serena sacudieron la cabeza e hicieron comentarios desdeñosos sobre cómo se descubre quiénes son tus «verdaderos» amigos.

Cuando Serena acudía a sus reuniones de junta sonreía satisfecha mientras las otras mujeres comentaban que estaba guapísima, que estaba radiante, que la maternidad «le sentaba estupendamente».

Cuando Chester acudía a su bufete se encontraba con que algunos de los socios se pasaban por su despacho «solo para charlar un rato» sobre su inminente paternidad, para ofrecerle consejos, para ofrecerle camaradería.

Todo era ideal.

Juntos acudieron a la cita para la primera ecografía, y Serena tomó de la mano a Chester mientras la ecografista le extendía un pringoso mejunje azulado por el vientre para, a continuación, deslizar por encima el sensor. La imagen empezó a perfilarse. Serena sintió por primera vez una punzada de preocupación. ¿Y si el bebé tenía algún problema? ¿Y si el doctor Tozer había tenido razón y el embarazo hubiese debido mantenerse en secreto, al menos unas semanas?

—¿Y bien? —preguntó Chester.

—Querían saber el sexo del bebé, ¿verdad? —inquirió la ecografista.

Chester asintió con un cabeceo.

—Tienen una niñita perfecta —dijo ella.

Serena rio con justificado deleite, pero el sonido murió cuando contempló el ceño fruncido en el rostro de Chester. De improviso tuvieron la sensación de que todas esas cosas que habían quedado sin hablar eran tan enormes que abarrotaban la consulta.

La ecografista dio un respingo.

—Detecto un segundo latido —dijo. Ambos se volvieron hacia ella—. Gemelos.

—¿El segundo bebé es niño o niña? —preguntó Chester.

La ecografista dudó.

—Nos lo tapa el primero —dijo tratando de no mojar-se—. Es difícil saberlo con seguridad...

—¿Qué diría usted? —la animó Chester.

—Me temo que no sería ético por mi parte opinar en este estadio. Les concertaré otra cita, para dentro de dos semanas. Los bebés se mueven en el útero. Es muy probable que entonces podamos verlo mejor.

No lo vieron mejor. El primer bebé se mantuvo terca-mente delante y el segundo se mantuvo tercamente detrás, y los Wolcott se presentaron en la sala de partos —para un parto programado, cómo no, la fecha elegida de común acuerdo y marcada con un círculo en sus agendas— con la silenciosa esperanza de estar a punto de convertirse en los orgullosos progenitores tanto de un hijo como de una hija, completando de esta manera el núcleo familiar de un solo intento. Ambos se sentían un tanto ufanos ante esa posibi-

lidad. Parecía una señal de eficacia, de su capacidad para poner en práctica la solución perfecta a la primera.

(La idea de que los bebés se convertirían en niños, y los niños en personas hechas y derechos, no se les ocurrió en ningún momento. El pensamiento de que tal vez la biología no marcaba el destino, y de que no todas las chiquillas se convertirían en hermosas princesas ni todos los chiquillos en valientes soldados, tampoco se les ocurrió en ningún momento. Las cosas hubieran sido más fáciles si esas ideas hubieran llegado a colarse en su cabeza, no buscadas pero a todas luces importantes. Una lástima que ya lo tuvieran todo decidido, que en su mente no quedara espacio para opiniones así de revolucionarias).

El parto duró más de lo previsto. Serena no quería una cesárea si se podía evitar, no quería la cicatriz ni todo el lío, así que empujó cuando le dijeron que empujara y descansó cuando le dijeron que descansara, y dio a luz al primer bebé cinco minutos antes de la medianoche del 15 de septiembre. Mientras le pasaba el recién nacido a la enfermera que esperaba para recogerlo, el doctor anunció: «Es una niña», y volvió a inclinarse sobre la paciente.

Chester, que confiaba en que el reticente varón fuese quien primero se abriera paso y reclamase la tan alardeada primogenitura, no dijo nada mientras sujetaba la mano de su esposa y la oía esforzarse por expulsar a la segunda criatura. Serena tenía el rostro arrebolado y los sonidos que estaba profiriendo eran bastante animalescos. Era horroroso. Chester no alcanzaba a imaginarse a sí mismo tocándola en el futuro bajo ninguna circunstancia. No; mejor que estuvieran teniendo ambos hijos de una sola vez. De esta manera darían ya carpetazo al asunto.

Un azotito, un gemido, y la voz del doctor anunciando con orgullo: «¡Otra niña perfectamente sana!».

Serena se desmayó.

Chester sintió envidia de ella.

Más tarde, cuando, ya fuera de peligro, Serena estaba acostada en su habitación privada con Chester a su lado, las enfermeras les preguntaron si querían conocer a sus hijas y ellos dijeron que sí, por supuesto. ¿Cómo podían haber dicho otra cosa? Ahora eran padres, y la paternidad y maternidad venían acompañadas de ciertas expectativas, venían con sus propias reglas. Si no estaban a la altura de esas expectativas, quedarían como unos padres incapaces a ojos de todos sus conocidos, y las consecuencias de algo así, bueno...

Eran inimaginables.

Las enfermeras regresaron con dos criaturitas sin pelo y de rostro sonrosado, que más se asemejaban a larvas o goblins que a algo humano.

—Una para cada uno —comentó jovialmente una enfermera y, como si se tratara de la cosa más normal del mundo, le entregó a Chester un bebé envuelto en una mantita bien ajustada.

—¿Han pensado ya en los nombres? —preguntó la otra, alargándole a Serena el segundo bebé.

—Mi madre se llamaba Jacqueline —dijo Serena cautelosamente, mirando de refilón a Chester. Como es natural, se habían planteado el asunto de los nombres: uno para niña y otro para niño. En ningún momento habían contemplado la necesidad de poner nombre a dos niñas.

—La esposa de nuestro socio principal se llama Jillian —apuntó Chester. Llegado el caso podía asegurar que era el nombre de su madre. Nadie sabría que no era así. Nadie lo sabría jamás.

—Jack y Jill —dijo la primera enfermera con una sonrisa—. Qué cuco.

—Jacqueline y Jillian —la corrigió Chester con frialdad—. A ninguna hija mía se la llamará con algo tan indigno y vil como un diminutivo.

La sonrisa de la enfermera se borró.

—Por supuesto que no —convino, aunque lo que en realidad estaba pensando era «por supuesto que sí» y «ya verá qué poco tarda en comprobarlo».

Serena y Chester Wolcott habían sucumbido al peligroso encanto de los hijos ajenos. No tardarían en descubrir el error que habían cometido. La gente como ellos siempre lo descubre.

## Casi perfectas en casi ningún sentido

Los Wolcott vivían en una casa en lo alto de una colina en el centro de un barrio elegante en el que todas las casas se parecían. La asociación de vecinos permitía tres colores de pintura exterior (dos de más, en opinión de muchos de los residentes), una variedad restringida de estilos de vallas y setos para rodear el jardín delantero, y perros pequeños y relativamente tranquilos de una brevísima lista de razas. La mayoría de los vecinos preferían no tener perro a tener que enfrentarse al complicado proceso de cumplimentar los permisos e impresos requeridos para poseer uno.

El objetivo de toda esta conformidad no era coartar sino proporcionar un entorno confortable, al permitir a los habitantes del barrio relajarse en un mundo que se ajustaba a un orden perfecto. Por la noche reinaba el silencio. La seguridad.

Excepto en el hogar de los Wolcott, por supuesto, donde los potentes gemidos de dos pares de pulmones en ple-

no desarrollo rompían el silencio. Serena se sentaba en el comedor y clavaba una mirada de incomprensión en los dos berreones bebés.

—Ya os habéis tomado un biberón —les informaba—. Os he cambiado los pañales. Os he paseado por la casa acunándoos y cantándoos esa horrible canción sobre la araña. ¿Por qué seguís llorando?

Jacqueline y Jillian, que estaban llorando por alguno de los infinitos motivos por los que lloran los bebés —tenían frío, estaban afligidas, se sentían ofendidas por la existencia de la gravedad—, continuaron berreando. Serena las contempló consternada. Nadie le había advertido que los bebés se pasarían todo el tiempo llorando a todo llorar. Bueno, algo se decía en los libros que había leído, pero ella había dado por hecho que se referían a los malos padres que no conseguían tratar a sus retoños con la suficiente mano firme.

—¿Es que no puedes hacerlas callar? —preguntó Chester detrás de ella.

Serena no necesitaba volverse para saber que estaba plantado en el umbral, ataviado con su batín, mirándolas a las tres con cara de pocos amigos, como si fuera culpa de ella que los bebés parecieran estar diseñados para llorar sin cesar! Él había sido cómplice en la concepción de sus hijas, pero ahora que las niñas estaban allí apenas quería tener nada que ver con ellas.

—Lo he intentado —contestó ella—. No sé qué quieren, y ellas tampoco me lo pueden decir. No sé... no sé qué hacer.

Chester llevaba tres días sin dormir como Dios manda. Empezaba a temer el momento en que esto afectara a su trabajo y llamara la atención de los socios, dejándoles en

mal lugar a él y a sus dotes como padre. Tal vez fue la desesperación o tal vez fue un momento de improbable y excepcional lucidez.

—Voy a llamar a mi madre —anunció.

Chester Wolcott era el menor de tres hijos: para cuando él llegó, los errores ya habían sido cometidos, las lecciones ya estaban aprendidas, y sus padres se habían sentido cómodos durante su crianza. Su madre era una mujer nada práctica y sensiblera hasta extremos intolerables, pero sabía cómo hacer eructar a un bebé y, a lo mejor, invitándola entonces, cuando Jacqueline y Jillian eran demasiado pequeñas para verse influidas por las ideas de su abuela sobre el mundo, podrían evitar invitarla más adelante, cuando la mujer sí que podría tener un efecto pernicioso.

En condiciones normales Serena se hubiese opuesto a la idea de que su suegra invadiera su hogar y pusiese todo manga por hombro. Con los bebés berreando y la casa ya patas arriba tan solo pudo asentir con la cabeza.

La llamada fue lo primero que Chester hizo por la mañana.

Louise Wolcott llegó en tren ocho horas más tarde.

A ojos de cualquiera, excepto a los de su implacablemente metódico hijo, Louise era una mujer organizada y disciplinada. Le gustaba que las cosas tuviesen sentido y se ajustasen a las reglas. A ojos de su hijo, era una soñadora incorregible. Ella creía que el mundo podía ser amable; creía que en general la gente era buena y que tan solo estaba esperando una oportunidad de demostrarlo.

Louise cogió un taxi para ir de la estación de tren a la casa, porque ni que decir tiene que haberla ido a recoger hubiera supuesto un trastorno en una ya trastornada orga-